

PLUMA y LAPIZ

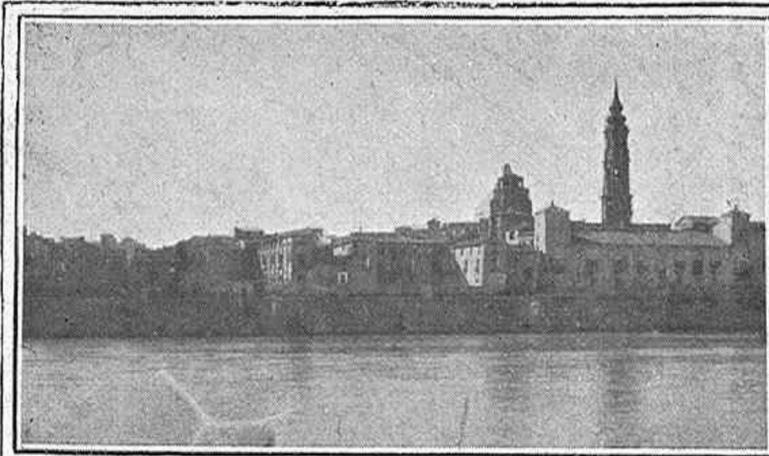
ATENEU DE
BIBLIOTECA
MADRID



M. Obispo

NÚM. 40

Leyendas y Tradiciones.



ZARAGOZA



LA SEO Y EL PILAR



COMPENDIO de las virtudes netamente españolas es el pueblo aragonés, y dos son, por consiguiente, las notas distintivas de su carácter: la religiosidad y el patriotismo. Todo el mundo conoce las épicas luchas que el sobrenombre de *inmortal* dieron á Zaragoza, y no menos proverbial es su devoto entusiasmo por *la Pilarica*, apelativo vulgar de una de las muchas advocaciones con que veneramos los católicos á la Santísima Virgen, madre del Verbo.

Orgullosos, con justicia, están los zaragozanos de las proezas realizadas por sus progenitores y que sin duda se sienten dispuestos á emular, si la ocasión se presenta, mal que pese á los propaladores de absurdas doctrinas cuya tendencia no es otra que la de destruir el santo amor á la patria; pero más, mucho más les envanece poseer, en amplio templo, el pilar y la imagen milagrosa ante quien humildes se postran y á la que piden consuelo en sus amarguras y dan gracias de las dichas que por su intercesión obtienen. Contemos brevemente lo que refiere piadosa tradición respecto á la sagrada imagen.

Consumado el sacrificio del Gólgota y después de la gloriosa resurrección y ascensión á los Cielos del Hijo del Eterno, sus apóstoles y discípulos disemináronse por el Mundo para predicar la Buena Nueva.

Cupo á España la suerte de ser visitada por el apóstol Santiago, quien por todas partes fué difundiendo la inextinguible luz del cristianismo, haciéndose escuchar de las gentes, multiplicando las conversiones, administrando el Bautismo, echando, en fin, los primeros cimientos de la Iglesia española, con tan copioso fruto que pronto hubo de hacerse seguir por sus discípulos más aventajados y fervorosos para que le auxiliasen en su piadosa tarea.

Con ellos fué á la ciudad del Ebro; y á orillas de éste, con ellos se hallaba á la media noche del 1 al 2 de Enero del año 40 de nuestra era, entregado á la oración y acaso suplicando á la Reina de los Cielos que impetrase el auxilio de su Hijo para que aún fuera mayor el éxito de la obra que había emprendido. De pronto, sonos armoniosos y dulcísimas voces llegan á los oídos del Apóstol; alza éste los ojos en arrobador éxtasis, y con inefable gozo ve descender, en carne mortal, envuelta en lumínica nube y rodeada de un coro de ángeles, á la Santa Virgen, que le manifiesta que sus preces han sido escuchadas, y en prueba irrefutable de ello, antes de ascender nuevamente al Empíreo, le deja su sagrada imagen, sobre hermosa columna de mármol, para



LA SEO



EL PILAR

colocada en el sitio donde aún hoy se encuentra.

No fué desde luego, sin embargo, tan suntuoso como el actual, el alojamiento de la milagrosa imagen. El primer monumento levantado en honor de la Virgen del Pilar, era sencillamente una modesta capilla de ocho pies de anchura por diez y seis de longitud; pero los fervorosos ruegos del santo Apóstol habían sido escuchados en lo Alto; la semilla de la religión prendió de modo admirable en el noble suelo aragonés, las conversiones se multiplicaron, la devoción fué en aumento; afluyeron dádivas de príncipes y de particulares, agradecidos á los milagros obrados en su favor y á los beneficios obtenidos por la intercesión poderosa de *la Pilarica*; y, como es de pensar, la humilde capilla hubo de resultar insuficiente para contener á la muchedumbre de fieles, en constante aumento.

Ensanchado notablemente el templo y maltratado sin duda por las injurias del tiempo, hubo ya de ser reconstruido en el siglo XIII; mas entonces no constaba todavía sino de una sola nave.

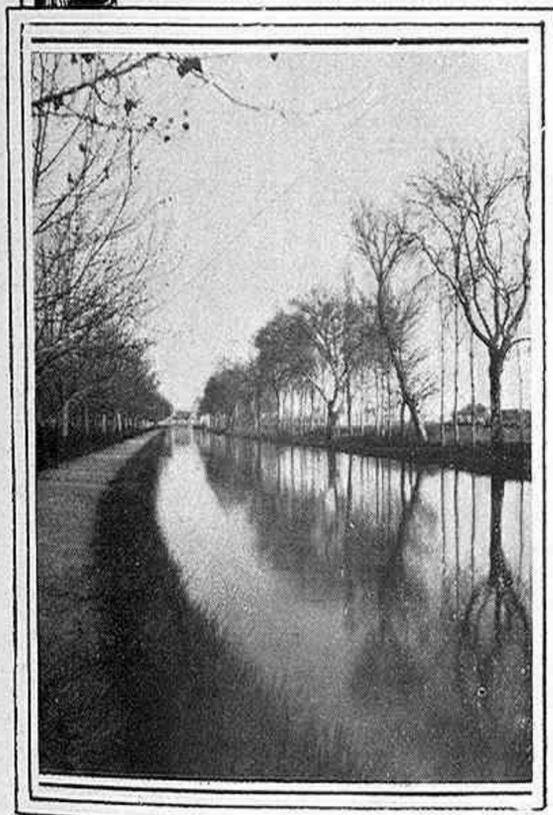
En 1675, habiéndose dispuesto que la iglesia de Nuestra Señora del Pilar fuese metropolitana, se pensó desde luego en ampliarla nuevamente, y encargado el proyecto á don Francisco Herrera, dió éste á aquélla la forma actual, comenzando las obras en 1681, sin que en realidad hasta la fecha estén por completo terminadas, pues aún faltan exteriormente tres torres en los ángulos.

El templo, tal como hoy se halla, consta de tres naves y tiene 500 pies de longitud. Admírase en el presbiterio un primoroso retablo, hecho durante los años de 1509 á 1515 por el valenciano Forment, y detrás de aquél, ábrese un templete aislado, en cuyo altar y bajo dosel de plata está colocada sobre su columna la Virgen del Pilar. Esta primera parte de la obra es relativamente moderna, pues fué dirigida por don Ventura Rodríguez en 1753.

Merece de los inteligentes agrias censuras el estilo barroco de la iglesia, cuyas macizas y mal dispuestas columnas impiden la perspectiva que debería tener, dadas sus proporciones; pero ¿qué importa esto? ¿Qué importaría que la iglesia en conjunto desapareciese, si la Virgen del Pilar tiene un hermoso é indestructible templo en el corazón de cada zaragozano?

EDUARDO BLASCO

Encuadrado por GASPARD CAMPS.



— EL CANAL —

EL NUEVO CAPITÁN GENERAL DE CATALUNA

EL Excmo. señor don Enrique Bargés y Pombo, que recientemente ha tomado posesión de esta Capitanía General, nació en Barcelona en Julio de 1842. Su padre, un acreditado fabricante, domiciliado en la calle Ancha, falleció poco después, y su virtuosa madre, al quedarse viuda, ingresó en un convento, del que llegó a superiora, siendo modelo de religiosas y de cristianas.

Recibió esmerada educación interna en las Escuelas Pías de San Antón considerándosele como uno de los más aplicados discípulos, tanto que figura su nombre, al lado de otros distinguidos alumnos de aquella época, en el libro que con motivo de las bodas de oro escolares celebradas por los alumnos internos de las Escuelas de Barcelona en 13 de Mayo de 1900 se publicó á principios del año actual.



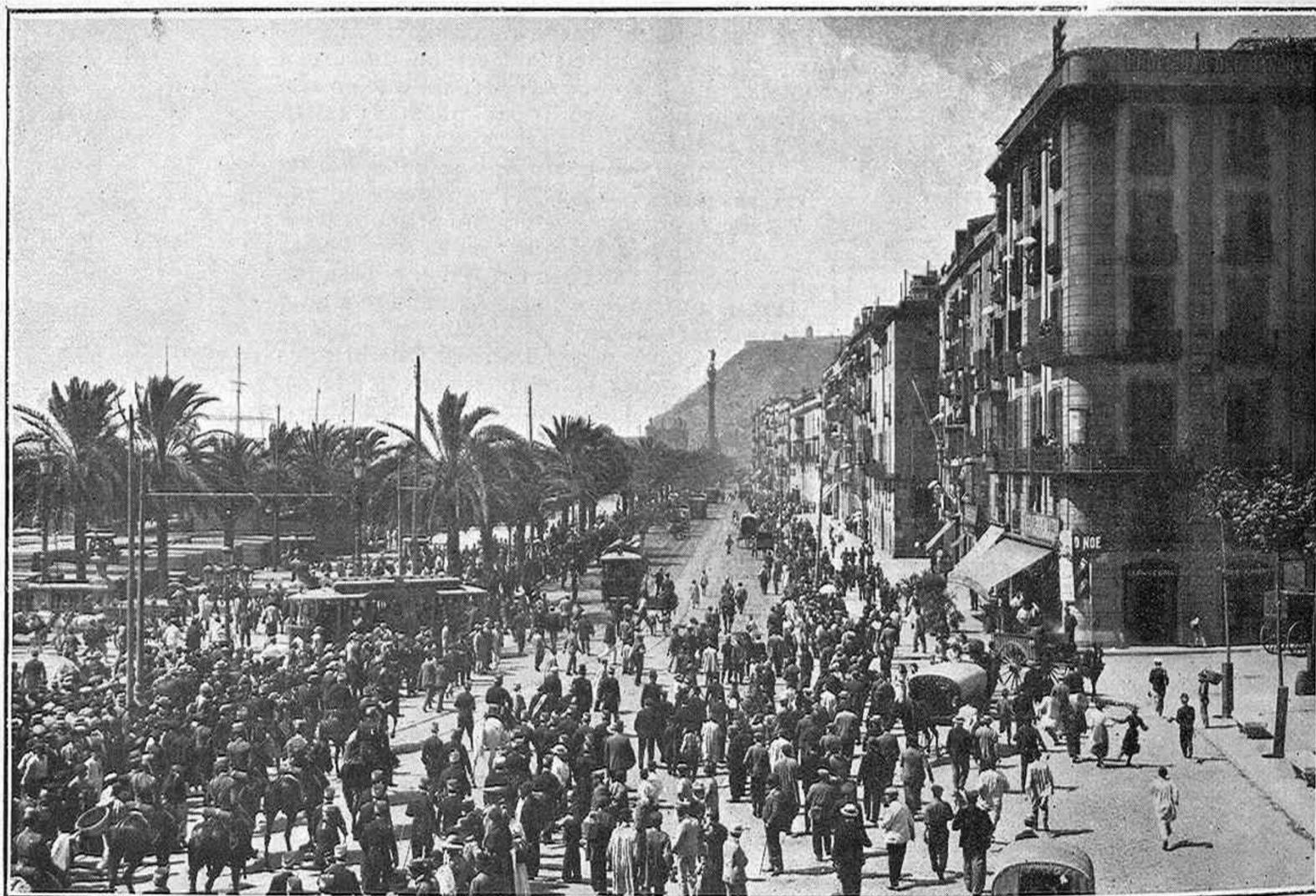
Fotografía Naxolein.

En 1855 ingresó en el Colegio de Infantería, siguiendo con tanto entusiasmo y fortuna la carrera de las armas que á la edad de 30 años obtuvo por méritos de guerra el empleo de coronel.

El general Bargés estuvo en la campaña de Africa y en las dos de Cuba, batiéndose bizarramente en las muchas veces que entró en acción, lo propio que en las varias intentonas de los carlistas.

Para el elevado cargo que el Gobierno ha confiado al general Bargés, requiere en las presentes circunstancias un talento y prudencia especiales que, según noticias, posee nuestro ilustre paisano.

Bien venido sea tan pundonoroso militar al pueblo de su cuna donde, seguramente, sabrá corresponder á la satisfacción con que se ha visto su nombramiento.



LLEGADA DEL CAPITÁN GENERAL. — PASO DE LA COMITIVA POR EL PASEO DE COLÓN.

Instantánea de A. Merletti.

COSAS DEL MUNDO

El minué! ¡qué baile más chic!—exclamaba en el colmo de su entusiasmo Fe, al regresar de casa de la marquesa de R., punto de reunión para los ensayos del aristocrático baile.

Celia, la joven marquesa, consumada maestra en el minué y encargada de dirigir éste, le había dicho en el último ensayo:

—Interpreta usted el minué admirablemente.

Lord Mill, admirador impertérrito de aquellos ensayos, en medio de la danza se le había acercado repetidas veces para decirle al al oído:

—Está osté encantadora, me *enloquezo* mirándola.

Y por parte de otros admiradores halagaban al paso su vanidad de mujer éstas ó parecidas exclamaciones:

—¡A maravilla!... ¡Muy bien!... ¡Magistral!

Fe se sentía desvanecer á consecuencia de la efusión dichosa que embargaba su pecho y, avisada por el propio instinto en el arte de agradar, aguzaba su mujeril coquetería en aquella mímica encantadora.



todiada por sus padres, quienes, bonachones de suyo, creían como en el Evangelio, que Fe, atendidos sus hermosura y distinción, iba á hacer un partido brillante.

Ricos á su vez y dispuestos á satisfacer los menores caprichos de su única heredera, no veían con malos ojos las aficiones de ésta á lucir y á agradar, antes bien con paternal solicitud las secundaban fascinados, con respecto á la niña, por la benévola ilusión de un porvenir hermoso.

La invitación, pues, del minué que se iba á bailar en casa del General X, satisfizo en extremo á los embobados padres, con el prurito de que Fe iría allí á lucir y, sobre todo, á gozar.

No se prometía menos la joven, á quien halagaba además la idea de que le estaba destinado para pareja el más apuesto caballero de todos los que á bailar iban el minué. Carlos era, en efecto, guapísimo y bailaba, por ende, el minué con tanta elegancia y soltura como si en toda su vida no hubiese hecho otra cosa. Durante los repetidos ensayos y cuando Fe, inclinándose para

Especialmente en los saludos, desplegaba Fe distinción y elegancia sumas. Y en verdad que su figura, si bien un tanto delgada, esbelta y flexible como palmera, se prestaba á ello. Su cabecita rubia, ahuecada por los bucles como bajo un farrago de dorados ensueños, hubiera podido competir, en gentil donosura, con un busto de María Antonieta. Su cuello largo y redondo recordaba el de las vírgenes antiguas.

Su traje del siglo XVIII, de azul tapicería, recamada de blancas flores, de holgada falda y corto talle, escotado lo más honestamente posible, conforme encargara á la modista, realzaría de fijo como una idealidad su cutis de rosa pálida, asemejando á Fe á gentilísima damisela de la corte de Carlos IV.

Adivinaba Fe con ese delicado tino que da á la mujer el convencimiento del propio valor, su nuevo y jamás soboreado triunfo en aquel dorado mundo galante.

Era en éste, como inexperta paloma, pues no contaba de edad más que diez y siete años y sólo uno hacía que había hecho en él su entrada, cus-

atrás lánguida y coquetonamente la cabeza, tenía forzosamente que mirar fijo al galán, reparando en su negro y sedoso bigote de largas guías, en su ovalado rostro de palidez mate, en sus ojos negros y expresivos, imaginaba la joven lo bien que habría de sentarle el traje de aquella época esplendorosa en que la moda, diosa almibarada, alambicando hasta lo sumo el varonil atavío, asemejaba los hombres á lindísimas porcelanas de *Sevres*.

* * *

La noche del deseado sábado llegó como dorado fantasma dispuesto á desvanecerse.

Los suntuosos salones del General X se habían convertido en un ascua.

¿Cómo no, si lo más selecto de la sociedad se había trasladado á ellos invadiéndolos de esa plétora de vida social que, como impalpable mariposa del placer, anima todos los ojos y entreabre bulliciosamente todos los labios?

De pronto éstos enmudecieron y los concurrentes, á una, dirigieron á un mismo punto sus miradas. Empezaba el minué. Ya allá en el fondo y dirigiéndose al salón principal se veían avanzar en hilera prolongada y fantástica las parejas del famoso baile. Marcando el ritmo de la peregrina música que tiene á la vez que algo de solemne algo también de bufo, invadieron el salón sigilosamente, ahogadas en la alfombra sus pisadas y moviendo con su danza un murmullo parecido al que levanta la brisa al penetrar en el bosque.

Apoyando con coquetería las yemas de dos de sus deditos en la mano de su caballero, en quien posaba con arrobo su mirada, la marquesa rompía la marcha. Carlos y Fe la seguían en la misma platónica actitud.

Como ideara la niña, formaban los dos la más gentil pareja de cuantas bailaban el minué, y demostráronlo para ambos los rumores de admiración que al paso herían sus oídos.

Bien echaron de ver los padres de la agraciada esa admiración de que era la tal objeto, y la propia emoción anubló sus ojos por medio de una ola de lágrimas furtivamente salidas de las inagotables fuentes de la vanidad.

Terminado el minué se sintió la joven en un estado difícil de expresar que le causó no poca extrañeza. Había gozado tanto que ya casi sufría. Y era que aquel arriesgado juego de *flirtation* continua entre ella y Carlos había por fin producido su efecto en su virgen corazón inundándolo de un afán jamás sentido.

Sí, decidamente Fe se había enamorado de Carlos. Hasta entonces no se había atrevido á confesárselo á sí misma, pero aquella noche habíase impresionado de tal manera al verle que creyó una vez perder el sentido.

Amaba y era amada.

Esto último tampoco ofrecía para Fe la menor duda, pues recordaba que él, durante los ensayos del minué, se lo había dicho infinitas veces con los ojos que la llenaban de almibaradas caricias la frente...

Bailes variados se sucedían unos tras otros, y en cada uno de ellos Fe era arrebatada en brazos de un hombre que nada le importaba, pues no era Carlos.

Este, por lo visto, se había evaporado.

Durante un descanso y en alas de su impaciencia Fe se levantó deslizándose automáticamente por los salones. Buscaba á Carlos. Cruzó tres salas y al llegar á la cuarta vaciló un instante: allí no habría nadie á juzgar por el silencio que reinaba... Por si acaso, Fe se aventuró á mirar y vió: En el centro del saloncito que era de cortas dimensiones, sentada con estudiada negligencia en una mecedora, á la marquesa que parecía consultar con las varillas de su abanico lo que la decía un galán que ante ella permanecía de pie é incorporado mirándola.

Una lámpara, por la que se transparentaba tenue luz rosada, iluminaba de refilón las facciones de la dama y de lleno su turgente seno alabastrino.

Fe buscó la dirección de los ojos de Carlos, y al verlos con diabólica expresión clavados en el provocativo escote de Celia, cruzando instintiva y pudorosamente sus manos sobre el suyo, huyó despavorida y trémula, como persona que al caminar confiada por ameno prado descubriera de improviso ante sus plantas un abismo...

JOSEFA CODINA UMBERT

Ilustraciones de PABLO BÉJAR.

EPITAFIOS

SÉPALO DIOS

«Aquí reposa un ministro que el tesoro dejó lleno...»

—¿Lleno de polvo, de trampas, deudas, papeles ó viento?

¿QUIÉN LO DUDA?

«En memoria del fecundo literato Pedro Soria.»

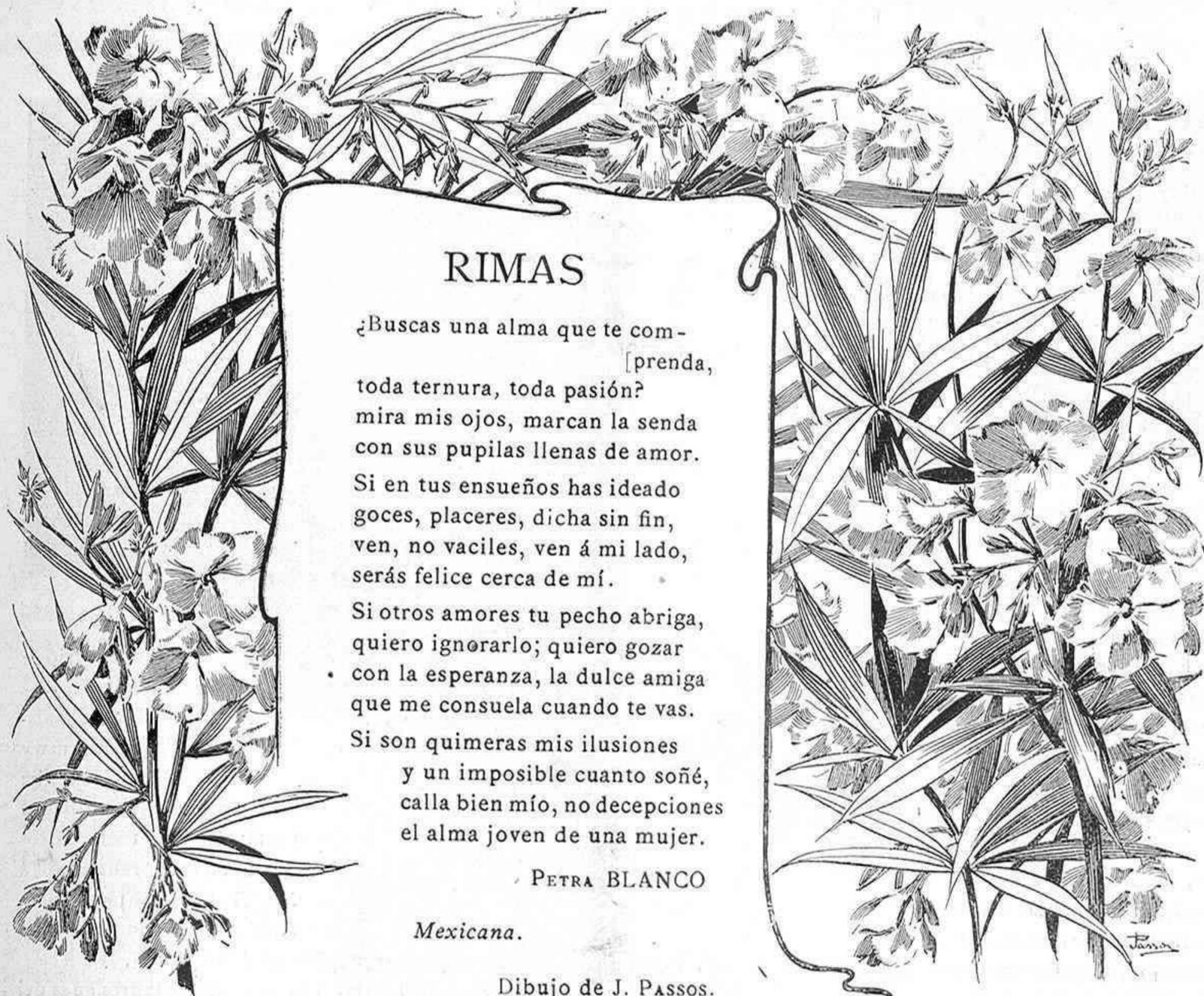
—¿Será la única memoria que de él quedará en el mundo!

HOMBRE VERDADERO

«Aquí yace el caballero don Gil Ramos de Peralta, que siempre ocupó muy alta posición...» Era cochero.

WASHINGTON P. BERMÚDEZ





RIMAS

¿Buscas una alma que te com-
[prenda,
toda ternura, toda pasión?

mira mis ojos, marcan la senda
con sus pupilas llenas de amor.

Si en tus ensueños has ideado
goces, placeres, dicha sin fin,
ven, no vaciles, ven á mi lado,
serás felice cerca de mí.

Si otros amores tu pecho abriga,
quiero ignorarlo; quiero gozar
con la esperanza, la dulce amiga
que me consuela cuando te vas.

Si son quimeras mis ilusiones
y un imposible cuanto soñé,
calla bien mío, no decepciones
el alma joven de una mujer.

PETRA BLANCO

Mexicana.

Dibujo de J. Passos.

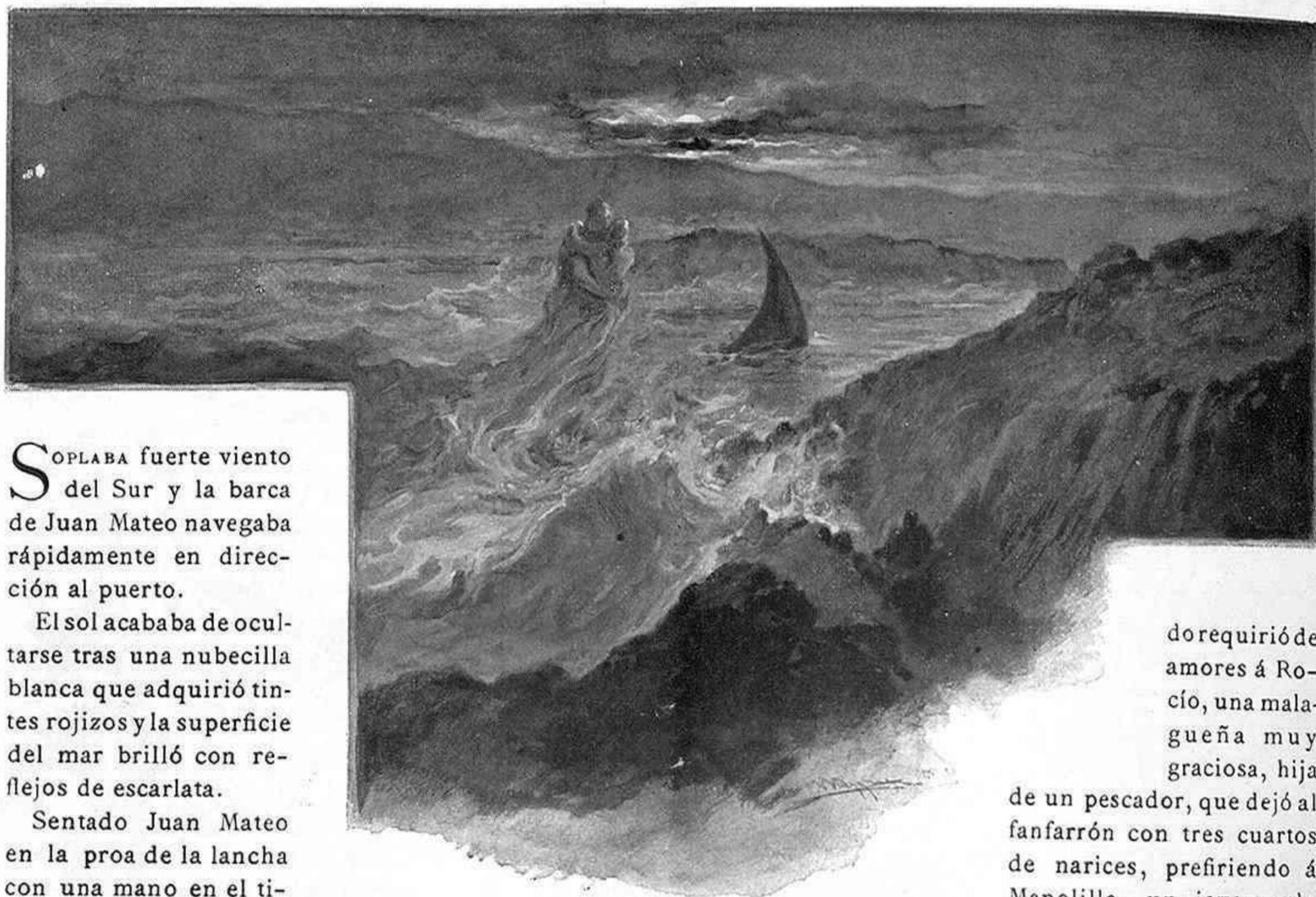


NUBE DE VERANO — Cuadro de ANTONIO GARCÍA MENCIA.

Segunda medalla en la actual Exposición Nacional de Bellas Artes.

Fot. de Hijos de Mateu.

LA JUSTICIA DEL MAR



SOPLABA fuerte viento del Sur y la barca de Juan Mateo navegaba rápidamente en dirección al puerto.

El sol acababa de ocultarse tras una nubecilla blanca que adquirió tintes rojizos y la superficie del mar brilló con reflejos de escarlata.

Sentado Juan Mateo en la proa de la lancha con una mano en el timón y la otra encima de los ojos, miraba en todas direcciones y repetía lleno de coraje:

—¿Dónde se habrán metido esos tunos?... ¿Si querrán pasar la noche en el mar?

Y ciego de ira se ponía en pie lanzando juramentos cada vez que sus pesquisas resultaban infructuosas. Sus ojos no veían más que alguna gaviota y los grandes peñascos de la costa solitaria.

De repente, Juan Mateo lanzó una exclamación de feroz alegría, soltó una cuerda de la vela y cambió el rumbo de la barca que se dirigió al encuentro de otra, que navegaba rápidamente á favor del viento.

—¡Ah, bribones!—murmuró el marinero.—¡Cuánto os habréis divertido; pero esta noche vais á dormir con los peces!

Juan Mateo era un hombre de treinta años de edad, de mediana estatura; grueso; de tez morena; ojos pequeños que guiñaba maliciosamente; boca enorme en la que asomaban unos dientes ennegrecidos por el humo del tabaco; cabellos castaños, muy recios y cortados en la forma que acostumbra la gente flamenca de Andalucía; de aspecto repulsivo y en cuyo rostro se reflejaba la expresión insolente y audaz de los bravucos de baja estofa.

Un paisano suyo á quien le contó Juan Mateo sus muchos triunfos con las mujeres, en un rato de buen humor le puso el sobrenombre de *El Guapo*, por el cual era conocido en el pueblo donde vivía, dedicado á las faenas de la pesca.

Su buena estrella con las mujeres le abandonó cuan-

do requirió de amores á Rocío, una mala-gueña muy graciosa, hija de un pescador, que dejó al fanfarrón con tres cuartos de narices, prefiriendo á Manolillo, un jovenzuelo endeble, que no tenía «me-

dia gofetá» según expresión de Juan Mateo.

Los novios no hicieron caso de las baladronadas del marinero que fueron motivo de broma en el pueblo y de muchos sofocones para *El Guapo* que cada día estaba más enamorado de Rocío.

El furor del amante despechado llegó al colmo, cuando tuvo noticia de que los muchachos iban á casarse, y en un arranque de indignación provocó á Manolillo, el cual, á pesar de que su adversario era más fuerte, supo igualar las condiciones de la lucha, supliendo con agilidad y destreza su falta de vigor, y dando á Juan Mateo una paliza que le tuvo maltrecho más de dos semanas.

Esta humillación y los desdenes de Rocío á quien amaba con locura, hicieron germinar en el espíritu de Juan Mateo la idea de la venganza, y un día que hallándose en la playa vió que la joven subió á la barca de su rival, que izando la vela se alejó de la costa, dibujóse en sus labios una expresión de feroz ironía, lanzó un terrible juramento, y sin llamar al muchacho que le acompañaba siempre que salía á pescar, preparó su lancha, que poco tiempo después se deslizaba sobre las olas.

Para no infundir sospechas, Juan Mateo procuró mantenerse durante largo rato á la vista del puerto y después navegó sin rumbo determinado.

Al anochecer, acercóse al pueblecillo, creyendo que á aquella hora regresarían los enamorados, y al divisar la barca que los conducía tembló de ira y marchó resueltamente al encuentro de ella.

Cuando estuvo cerca, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Tunantes!... ¿Habéis anticipao el viaje de novios? Manolillo iba al timón y junto á él se hallaba Rocío, destacándose en el fondo blanco de la vela los negros bucles de sus rizados cabellos.

—¡Siga osté su camino, que naide se mete con naide!—contestó el joven.

—¡Esa niña es una pícara y tú un cobarde que juyes apenas me ves!

Y continuó lanzando injurias á los novios, llegando su furia al colmo cuando vió que Manolillo procuraba variar el rumbo de su barca, cediendo á las súplicas de Rocío que, abrazada á su amante, insultaba á Juan Mateo.

La barquilla de los enamorados navegaba rápidamente en demanda del puerto, perseguida muy de cerca por la del *Guapo*.

Los tres gritaban diciéndose los mayores denuestos, mientras la lancha de Juan Mateo se acercaba á la otra para abordarla.

Al ocultarse el sol, había aumentado el oleaje y el viento soplaba con más fuerza. Un golpe de mar lanzó á la barca perseguidora contra la de Manolillo, el cual lo mismo que Rocío, se hallaba de pie en la popa, para contener la violencia del choque.

El abordaje fué muy violento. Los jóvenes lanzaron un grito de terror y cayeron al mar, y la barquilla empezó á inclinarse del costado de babor sumergiéndose momentos después en las profundidades líquidas.

La embarcación de Juan Mateo no había sufrido desperfecto alguno. El viento Sur hinchó la vela, y rápidamente ganó el puerto, cuando la luna empezaba á iluminar con plateados destellos las rizadas ondas que rugían con estrépito al estrellarse contra los peñascos de la costa.

* * *

A la mañana siguiente, Juan Mateo salió de su casucha dirigiéndose á la playa, donde un grupo de pescadores comentaba la ausencia de Rocío y Manolillo y los padres de los jóvenes lloraban amargamente.

El *Guapo*, que estaba intensamente pálido y en cuyos ojos brillaba una mirada de sombrío fulgor, se dispuso, lo mismo que otros marineros, á salir en busca de la lancha de Manolillo, pero aunque su ofrecimiento fué acogido con gratitud por los desventurados padres de los amantes, al alejarse de la playa pudo oír el murmullo de protesta que su presencia había provocado y las maldiciones de algunas mujeres que le miraban con indignación.

La barca de Juan Mateo navegó todo el día sin dirección fija, y el muchacho que le acompañaba temió que el patrón estuviera enfermo, pues se tendió en el fondo y apenas contestó á las preguntas que le hizo.

Se había ocultado el sol y una luna hermosísima iluminó con suaves resplandores la tranquila superficie del mar, rizada por el soplo de una brisa ligera.

Juan Mateo continuaba dormido y el niño, sentado en la popa y con el timón en la mano, procuraba enfilar el rumbo de la embarcación dirigiéndola al puerto.

De pronto, la barquilla experimentó una violenta sacudida, y al mirar el muchacho por el costado de babor abrió los ojos desmesuradamente y lanzó un grito de terror que hizo levantarse á Juan Mateo.

—¿Qué te pasa?—preguntó el patrón.

—¡Mire osté!—respondió el chico indicando la estela del barco.—¡Los muertos!

Loco de espanto, como si fuera víctima de una horrible pesadilla, Juan Mateo dirigió la vista en la dirección que el niño le indicaba y pudo contemplar los cadáveres de Rocío y Manolillo, unidos en estrecho abrazo y flotando en las ebullientes espumas que formaba la barca al hendir su delgada quilla las rizadas

ondas. El marinero hizo cambiar de rumbo á la lancha, pero los cuerpos de los amantes, que se mantenían fuertemente unidos en la muerte, como sus almas se habían fundido en una pasión suprema, continuaron flotando en la estela, iluminados por las dulces claridades de un rayo de luna.

Varias veces cambió Juan Mateo el rumbo de la barca y los cadáveres de los enamorados seguían en la estela.

Los dos tenían los ojos muy abiertos, y al fijarse en ellos el marinero sintió una angustia

infinita, chocaron sus dientes y un temblor convulsivo agitó su cuerpo. Aquel amor era inquebrantable y eterno. Ni la muerte había podido arrancar á Rocío de los brazos de Manolillo.

Juan Mateo movió el timón para hacer una virada en redondo, y en aquel momento un golpe de mar estuvo á punto de lanzar por encima de la borda los cuerpos de los amantes. El criminal dió un grito de espanto y cogió un remo para alejar á los cadáveres que le perseguían con tanta tenacidad, como si fueran á vengarse del que había cortado violentamente la dicha que gozaban; pero al mismo tiempo la lancha dió un fuerte bandazo y Juan Mateo cayó al mar.

El niño, que temblando de miedo estaba acurrucado en la parte de proa, dió voces en demanda de auxilio y la barquilla, cuya vela hinchaba la brisa, continuó su marcha veloz hacia la costa solitaria.

GABRIEL BRIONES

Ilustraciones de NICANOR VÁZQUEZ.

DE AQUI Y DE ALLÁ

NUESTROS COLABORADORES



D.ª EMILIA PARDO BAZÁN.

Eminente literata española.



D.ª AMALIA PUGA DE LOSADA.

Distinguida escritora peruana.

PASATIEMPOS

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO

AGOSMI

JOSÉ SABATÉS.

LOGOGRIFO NUMÉRICO

- 1 2 3 4 5 6 7 8 9 — Mamíferos.
- 9 8 1 8 6 5 7 5 — Pieza musical.
- 1 2 3 5 6 4 5 — Nación europea.
- 7 8 1 8 9 5 — Nombre de mujer.
- 1 8 3 5 1 — Verbo activo.
- 1 5 3 5 — En los árboles.
- 8 1 5 — Medida de tiempo.
- 9 4 — Nota musical.
- 2 — Vocal.

LOS P.SIVOS R. Y E.

SOLUCIONES A LOS DEL NÚMERO 36.

Acróstico. —

- El hijo de D. Juan
- La peste de Otranto
- En el Seno de la muerte
- el gran Galeoto
- El loco Dios
- Conflicto entre dos deberes.
- Manc Ha que limpia
- En el puño de la espada
- Reli Gió n ó fanatismo
- M A riana
- La Mue R te en los labios
- Locur A ó santidad
- Vida alegre Y muerte triste

Charada. — Amistad.

Fuga de vocales. —

- Soy valiente, — dice Ernesto,
- soy sabio, probo, cortés,
- muy buen mozo y muy apuesto.
- No, señor, usted lo que es,
- principalmente, modesto.



1.



2.



3.



SERIE 1.^a

Núm. 40